



H. P. Lovecraft

La Cosa en el
Umbral

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA COSA EN EL UMBRAL

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1937
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

Es cierto que he enviado seis balas a través de la cabeza de mi mejor amigo, y sin embargo espero demostrar con esta declaración que no soy su asesino. Al principio me llamarán más loco que el hombre al que disparé en su celda del sanatorio Arkham. Más tarde, algunos de mis lectores sopesarán cada declaración, la correlacionarán con los hechos conocidos y se preguntarán cómo pude creer de otro modo que después de enfrentarme a la evidencia de ese horror-esa cosa en el umbral.

Hasta entonces, tampoco vi más que locura en los relatos descabellados en los que he participado. Incluso ahora me pregunto si fui engañado, o si no estoy loco después de todo. No lo sé, pero otros tienen cosas extrañas que contar sobre Edward y Asenath Derby, e incluso la policía no sabe cómo explicar esa última y terrible visita. Han tratado de inventar débilmente la teoría de una broma espantosa o de una advertencia de los sirvientes despedidos, pero saben en su corazón que la verdad es algo infinitamente más terrible e increíble.

Por eso digo que no he asesinado a Edward Derby. Más bien lo he vengado, y al hacerlo he purgado la tierra de un horror cuya supervivencia podría haber desatado indecibles terrores sobre toda la humanidad. Hay zonas negras de sombra cerca de nuestros caminos cotidianos, y de vez en cuando algún alma maligna se abre paso. Cuando eso ocurre, el hombre que conoce debe atacar antes de calcular las consecuencias.

He conocido a Edward Pickman Derby toda su vida. Ocho años menor que yo, era tan precoz que teníamos mucho en común desde que él tenía

ocho años y yo dieciséis. Era el niño más fenomenal que he conocido, y a los siete años escribía versos de un tono sombrío, fantástico, casi mórbido, que asombraba a los tutores que lo rodeaban. Quizás su educación privada y su mimada reclusión tuvieron algo que ver con su prematuro florecimiento. Hijo único, tenía debilidades orgánicas que sobresaltaban a sus cariñosos padres y les hacían mantenerlo estrechamente encadenado a su lado. Nunca se le permitía salir sin su enfermera, y rara vez tenía la oportunidad de jugar sin restricciones con otros niños. Todo esto sin duda fomentó una extraña vida secreta en el niño, con la imaginación como su única vía de libertad.

En cualquier caso, su aprendizaje juvenil era prodigioso y extraño; y sus escritos fáciles me cautivaron a pesar de mi mayor edad. Por aquel entonces, yo tenía inclinaciones hacia el arte de carácter algo grotesco, y encontré en este niño un raro espíritu afín. Lo que había detrás de nuestra afición conjunta por las sombras y las maravillas era, sin duda, la antigua, enmohecida y sutilmente temible ciudad en la que vivíamos: la maldita Arkham, embrujada por las leyendas, cuyos acurrucados y caídos tejados a dos aguas y sus desmoronadas balaustradas georgianas empollan los siglos junto a la oscuramente murmurante Miskatonic.

Con el paso del tiempo me dediqué a la arquitectura y abandoné mi proyecto de ilustrar un libro de poemas demoníacos de Edward, pero nuestra camaradería no disminuyó. El extraño genio del joven Derby se desarrolló notablemente, y en su decimotercero año su colección de poemas de pesadilla causó una verdadera sensación cuando se publicó bajo el título Azathoth y otros horrores. Fue un estrecho corresponsal del notorio poeta baudeleriano Justin Geoffrey, que escribió El pueblo del monolito y murió gritando en un manicomio en 1926 después de una visita a un siniestro y malogrado pueblo de Hungría.

Sin embargo, en lo que respecta a la autosuficiencia y los asuntos prácticos, Derby estaba muy retrasado debido a su existencia mimada. Su salud había mejorado, pero sus hábitos de dependencia infantil fueron fomentados por unos padres demasiado cuidadosos, de modo que nunca viajó solo, ni tomó decisiones independientes, ni asumió responsabilidades. Pronto se vio que no estaría a la altura de una lucha en el ámbito empresarial o profesional, pero la fortuna familiar era tan amplia que esto no supuso ninguna tragedia. Al llegar a la edad adulta, conservó un aspecto engañoso de niño. Rubio y de ojos azules, tenía la tez fresca de un niño; y sus intentos de le-

vantarse un bigote sólo eran perceptibles con dificultad. Su voz era suave y ligera, y su vida poco ejercitada le daba una barriga juvenil más que la barriga de la edad media temprana. Era de buena estatura y su bello rostro le habría convertido en un notable galán si su timidez no le hubiera retenido en la reclusión y la lectura.

Los padres de Derby le llevaban al extranjero todos los veranos, y no tardó en captar los aspectos superficiales del pensamiento y la expresión europeos. Su talento poético se inclinaba cada vez más hacia lo decadente, y otras sensibilidades y anhelos artísticos se despertaban a medias en él. Tuvi- mos grandes discusiones en aquellos días. Yo había pasado por Harvard, ha- bía estudiado en un despacho de arquitectos de Boston, me había casado y finalmente había regresado a Arkham para ejercer mi profesión, instalándome en la casa familiar de la calle Saltonstall desde que mi padre se había trasladado a Florida por motivos de salud. Edward solía llamar casi todas las tardes, hasta que llegué a considerarlo como uno más de la casa. Tenía una forma característica de tocar el timbre o de hacer sonar la aldaba que se convirtió en una verdadera señal en clave, de modo que después de la cena siempre escuchaba los familiares tres golpes enérgicos seguidos de otros dos tras una pausa. Con menos frecuencia le visitaba en su casa y observaba con envidia los oscuros volúmenes de su biblioteca en constante crecimiento.

Derby pasó por la Universidad de Miskatonic, en Arkham, ya que sus pa- dres no le dejaban internarse lejos de ellos. Ingresó a los dieciséis años y completó su curso en tres años, especializándose en literatura inglesa y francesa y recibiendo altas calificaciones en todo, excepto en matemáticas y ciencias. Se mezclaba muy poco con los demás estudiantes, aunque miraba con envidia a los "atrevidos" o "bohemos", cuyo lenguaje superficialmente "inteligente" y cuya pose irónica sin sentido imitaba, y cuya dudosa conduc- ta deseaba atreverse a adoptar.

Lo que sí hizo fue convertirse en un devoto casi fanático de la sabiduría mágica subterránea, por la que era y es famosa la biblioteca de Miskatonic. Siempre habitante de la superficie de la fantasía y la extrañeza, ahora se adentraba en las runas y enigmas reales dejados por un pasado fabuloso para guía o desconcierto de la posteridad. Leyó cosas como el espantoso Li- bro de Eibon, el Unaussprechlichen Kulten de von Junzt y el prohibido Ne- cronomicón del loco árabe Abdul Alhazred, aunque no dijo a sus padres que

los había visto. Edward tenía veinte años cuando nació mi primer y único hijo, y pareció complacido cuando le puse su nombre al recién llegado Edward Derby Upton.

A los veinticinco años, Edward Derby era un hombre prodigiosamente culto y un poeta y fantáista bastante conocido, aunque su falta de contactos y responsabilidades había frenado su crecimiento literario haciendo que sus productos fueran derivados y demasiado librescos. Yo era tal vez su amigo más cercano, ya que encontraba en él una mina inagotable de temas teóricos vitales, mientras que él confiaba en mí para que le aconsejara en cualquier asunto que no quisiera consultar con sus padres. Permaneció soltero -más por timidez, inercia y protección paterna que por inclinación- y sólo se movía en sociedad en la medida más ligera y superficial. Cuando llegó la guerra, tanto la salud como su arraigada timidez lo mantuvieron en casa. Fui a Plattsburg en busca de una comisión, pero nunca llegué al extranjero.

Así pasaron los años. La madre de Edward murió cuando él tenía treinta y cuatro años y durante meses estuvo incapacitado por algún extraño malestar psicológico. Sin embargo, su padre lo llevó a Europa y logró salir de su problema sin efectos visibles. Después pareció sentir una especie de regocijo grotesco, como si se hubiera escapado parcialmente de alguna esclavitud invisible. Comenzó a mezclarse con los universitarios más "avanzados", a pesar de su mediana edad, y asistió a algunos actos extremadamente salvajes; en una ocasión pagó un fuerte chantaje (que me pidió prestado) para que su padre no se diera cuenta de su presencia en un determinado asunto. Algunos de los rumores susurrados sobre el salvaje conjunto de Miskatonic eran extremadamente singulares. Incluso se hablaba de magia negra y de sucesos que escapaban a toda credibilidad.

II

Edward tenía treinta y ocho años cuando conoció a Asenath Waite. Ella tenía, a mi juicio, unos veintitrés años por aquel entonces, y estaba siguiendo un curso especial de metafísica medieval en Miskatonic. La hija de un amigo mío la había conocido antes, en la Hall School de Kingsport, y se había inclinado a rehuirla debido a su extraña reputación. Era morena, de baja estatura y muy atractiva, salvo por sus ojos excesivamente prominentes; pero algo en su expresión alienaba a las personas extremadamente sensibles. Sin embargo, era sobre todo su origen y su conversación lo que hacía que la gente corriente la evitara. Era una de las Waites de Innsmouth, y durante generaciones se han acumulado oscuras leyendas sobre la desmoronada y semidesierta Innsmouth y sus gentes. Hay historias de horribles negocios sobre el año 1850, y de un extraño elemento "no del todo humano" en las antiguas familias del destartalado puerto pesquero -cuentos como los que sólo los antiguos yanquis pueden idear y repetir con la debida astucia.

El caso de Asenath se vio agravado por el hecho de que era la hija de Ephraim Waite, la hija de su anciano esposo de una esposa desconocida que siempre iba con velo. Ephraim vivía en una mansión semiderruida en Washington Street, Innsmouth, y quienes habían visto el lugar (la gente de Arkham evita ir a Innsmouth siempre que puede) declaraban que las ventanas del ático estaban siempre tapiadas y que a veces salían extraños sonidos del interior al caer la tarde. Se sabía que el anciano había sido un prodigioso estudiante de magia en su época, y la leyenda afirmaba que podía levantar o sofocar tormentas en el mar según su capricho. Yo lo había visto una o dos veces en mi juventud, cuando venía a Arkham a consultar tomos prohibidos

en la biblioteca de la universidad, y había odiado su rostro lobuno y saturnino, con su barba gris hierro enmarañada. Había muerto enloquecido -en circunstancias bastante extrañas- justo antes de que su hija (por su testamento, convertida en pupila nominal del director) entrara en la escuela de Hall, pero había sido su ávida alumna morbosa y se parecía diabólicamente a él en ocasiones.

El amigo cuya hija había ido a la escuela con Asenath Waite repitió muchas cosas curiosas cuando empezó a correr la noticia de que Edward la conocía. Al parecer, Asenath se había hecho pasar por una especie de maga en la escuela, y parecía realmente capaz de realizar algunas maravillas sumamente desconcertantes. Afirmaba ser capaz de provocar tormentas eléctricas, aunque su aparente éxito se atribuía generalmente a una extraña habilidad de predicción. Todos los animales la detestaban, y podía hacer aullar a cualquier perro con ciertos movimientos de su mano derecha. Había momentos en los que mostraba fragmentos de conocimiento y lenguaje muy singulares -y muy chocantes- para una jovencita; cuando asustaba a sus compañeros de escuela con miradas y guiños de un tipo inexplicable, y parecía extraer una obscena ironía de su situación actual.

Lo más inusual, sin embargo, eran los casos bien comprobados de su influencia sobre otras personas. Era, sin duda, una auténtica hipnotizadora. Mirando fijamente a un compañero de estudios, a menudo le daba a éste una clara sensación de cambio de personalidad, como si el sujeto se hubiera colocado momentáneamente en el cuerpo de la maga y pudiera mirar a medio lado de la habitación su cuerpo real, cuyos ojos brillaban y sobresalían con una expresión extraña. Asenath a menudo hacía afirmaciones descabelladas sobre la naturaleza de la conciencia y sobre su independencia del marco físico, o al menos de los procesos vitales del marco físico. Sin embargo, su mayor rabia era que no era un hombre, ya que creía que un cerebro masculino tenía ciertos poderes cósmicos únicos y de gran alcance. Si se le diera el cerebro de un hombre, declaraba, podría no sólo igualar sino superar a su padre en el dominio de fuerzas desconocidas.

Edward conoció a Asenath en una reunión de "intelligentsia" celebrada en una de las salas de estudiantes, y no pudo hablar de otra cosa cuando vino a verme al día siguiente. La había encontrado llena de los intereses y la erudición que más le absorbían, y además estaba tremendamente prendado de su aspecto. Yo nunca había visto a la joven, y sólo recordaba vagamente

las referencias casuales, pero sabía quién era. Me pareció bastante lamentable que Derby se sintiera tan atraído por ella; pero no dije nada para desanimarlo, ya que el enamoramiento se nutre de la oposición. Dijo que no la mencionaría a su padre.

En las semanas siguientes, el joven Derby me habló muy poco de Asenath. Otros comentaban ahora la galantería otoñal de Edward, aunque coincidían en que no aparentaba ni de lejos su edad real, ni parecía en absoluto inapropiado como acompañante de su extraña divinidad. Solo estaba un poco panzón a pesar de su desidia y autoindulgencia, y su rostro carecía absolutamente de líneas. Asenath, en cambio, tenía las prematuras patas de gallo que surgen de los ejercicios de una voluntad intensa.

Por aquel entonces, Edward trajo a la muchacha a visitarme, y enseguida vi que su interés no era en absoluto unilateral. Ella lo miraba continuamente con un aire casi depredador, y yo percibí que su relación íntima no tenía vuelta atrás. Poco después recibí la visita del viejo señor Derby, a quien siempre había admirado y respetado. Había oído las historias de la nueva amistad de su hijo, y le había sonsacado toda la verdad al "muchacho". Edward tenía la intención de casarse con Asenath, e incluso había estado mirando casas en los suburbios. Conociendo mi gran influencia sobre su hijo, el padre se preguntaba si yo podría ayudar a poner fin a este desacertado asunto, pero lamentablemente expresé mis dudas. Esta vez no se trataba de la débil voluntad de Edward, sino de la fuerte voluntad de la mujer. El perenne niño había transferido su dependencia de la imagen paterna a una nueva y más fuerte, y nada podía hacerse al respecto.

La boda se celebró un mes después, por un juez de paz, según la petición de la novia. El Sr. Derby, por consejo mío, no se opuso, y él, mi esposa, mi hijo y yo asistimos a la breve ceremonia; los demás invitados eran jóvenes alocados del colegio. Asenath había comprado la antigua casa de Crowninshield en el campo, al final de High Street, y se proponían establecerse allí después de un corto viaje a Innsmouth, de donde debían llevar tres sirvientes y algunos libros y enseres domésticos. Probablemente no fue tanto la consideración hacia Edward y su padre como el deseo personal de estar cerca de la universidad, su biblioteca y su multitud de "sofisticados", lo que hizo que Asenath se estableciera en Arkham en lugar de regresar permanentemente a su casa.

Cuando Edward me llamó después de la luna de miel me pareció que parecía ligeramente cambiado. Asenath le había hecho deshacerse del bigote poco desarrollado, pero había algo más que eso. Parecía más sobrio y reflexivo, y su habitual mohín de rebeldía infantil se había cambiado por una mirada casi de auténtica tristeza. Me resultaba difícil decidir si el cambio me gustaba o me disgustaba. Ciertamente, por el momento parecía más adulto que antes. Tal vez el matrimonio fuera algo bueno; ¿no podría el cambio de dependencia constituir un comienzo hacia la neutralización real, que llevaría finalmente a una independencia responsable? Vino solo, porque Asenath estaba muy ocupada. Había traído una gran cantidad de libros y aparatos de Innsmouth (Derby se estremeció al pronunciar el nombre), y estaba terminando de restaurar la casa y los terrenos de Crowninshield.

Su casa -en esa ciudad- era un lugar bastante desagradable, pero ciertos objetos en ella le habían enseñado algunas cosas sorprendentes. Avanzaba rápidamente en la sabiduría esotérica ahora que contaba con la guía de Asenath. Algunos de los experimentos que ella proponía eran muy atrevidos y radicales -no se sentía en libertad de describirlos-, pero tenía confianza en sus poderes e intenciones. Los tres sirvientes eran muy extraños: una pareja increíblemente anciana que había estado con el viejo Ephraim y que se refería ocasionalmente a él y a la madre muerta de Asenath de manera críptica, y una joven morena que tenía marcadas anomalías de rasgos y parecía exudar un perpetuo olor a pescado.

III

Durante los dos años siguientes vi cada vez menos a Derby. A veces pasaba una quincena sin los familiares golpes de tres y dos en la puerta principal; y cuando llamaba -o cuando, como sucedía cada vez con menos frecuencia, yo lo llamaba- estaba muy poco dispuesto a conversar sobre temas vitales. Se había vuelto reservado respecto a esos estudios ocultos que solía describir y discutir tan minuciosamente, y prefería no hablar de su esposa. Ella había envejecido enormemente desde que se casó, hasta que ahora -extrañamente- parecía la mayor de los dos. Su rostro tenía la expresión más concentrada y decidida que jamás había visto, y todo su aspecto parecía adquirir una vaga e insustituible repulsión. Mi esposa y mi hijo lo notaron tanto como yo, y todos dejamos gradualmente de llamarla, por lo que, según admitió Edward en uno de sus momentos de falta de tacto infantil, ella se sentía absolutamente agradecida. De vez en cuando, los Derby hacían largos viajes, aparentemente a Europa, aunque Edward a veces insinuaba destinos más oscuros.

Fue después del primer año cuando la gente empezó a hablar del cambio de Edward Derby. Era una conversación muy casual, ya que el cambio era puramente psicológico; pero planteaba algunos puntos interesantes. De vez en cuando se observaba que Edward tenía una expresión y hacía cosas totalmente incompatibles con su habitual naturaleza frágil. Por ejemplo, aunque en los viejos tiempos no sabía conducir un coche, ahora se le veía entrar o salir a toda velocidad del viejo camino de entrada a Crowninshield con el potente Packard de Asenath, manejándolo como un maestro, y enfrentándose a los enredos del tráfico con una habilidad y una determinación totalmen-

te ajenas a su naturaleza habitual. En esos casos, parecía estar siempre de vuelta de algún viaje o empezando uno; nadie podía adivinar qué tipo de viaje, aunque la mayoría de las veces prefería la carretera de Innsmouth.

Curiosamente, la metamorfosis no parecía del todo agradable. La gente decía que en esos momentos se parecía demasiado a su esposa, o al propio Ephraim Waite, o quizás esos momentos parecían poco naturales porque eran muy raros. A veces, horas después de haber salido de esta manera, regresaba desganado y tumbado en el asiento trasero del coche mientras conducía un chófer o un mecánico obviamente contratado. Además, su aspecto preponderante en las calles durante su decreciente ronda de contactos sociales (incluyendo, puedo decir, sus llamadas a mí) era el indeciso de antaño: su infantilismo irresponsable era aún más marcado que en el pasado. Mientras que el rostro de Asenath envejecía, Edward -salvo en esas ocasiones excepcionales- se relajaba en una especie de inmadurez exagerada, salvo cuando un rastro de la nueva tristeza o de la comprensión lo iluminaba. Era realmente muy desconcertante. Mientras tanto, los Derby estuvieron a punto de abandonar el alegre círculo universitario, no por su propia repugnancia, según oímos, sino porque algo de sus estudios actuales escandalizaba incluso al más insensible de los otros decadentes.

Fue en el tercer año de matrimonio cuando Edward empezó a insinuar abiertamente ante mí cierto temor e insatisfacción. Dejaba caer comentarios sobre que las cosas "iban demasiado lejos" y hablaba oscuramente de la necesidad de "ganar su identidad". Al principio ignoré tales referencias, pero con el tiempo empecé a interrogarle con cautela, recordando lo que la hija de mi amigo había dicho sobre la influencia hipnótica de Asenath sobre las demás chicas del colegio: los casos en que las alumnas habían creído estar en su cuerpo mirándose a sí mismas al otro lado de la habitación. Este interrogatorio pareció alarmarlo y agradecerlo al mismo tiempo, y una vez murmuró algo sobre tener una charla seria conmigo más tarde. Más o menos en ese momento murió el viejo señor Derby, por lo que después me sentí muy agradecido. Edward estaba muy afectado, aunque no por ello se encontraba mal. Había visto asombrosamente poco a su padre desde su matrimonio, pues Asenath había concentrado en sí misma todo su sentido vital del vínculo familiar. Algunos le llamaron insensible a su pérdida, sobre todo desde que empezaron a aumentar aquellos ánimos alegres y confiados en el coche. Ahora deseaba volver a la vieja mansión familiar, pero Asenath in-

sistió en quedarse en la casa de los Crowninshield a la que se había adaptado bien.

No mucho tiempo después, mi esposa se enteró de una cosa curiosa por parte de una amiga, una de las pocas que no había abandonado a los Derby. Había ido al final de High Street para visitar a la pareja y había visto un coche salir a toda prisa del camino con la cara de Edward, extrañamente confiada y casi burlona, sobre el volante. Al llamar al timbre, la repulsiva muchacha le había dicho que Asenath también había salido, pero por casualidad había mirado la casa al salir. Allí, en una de las ventanas de la biblioteca de Edward, había vislumbrado un rostro que se había retirado apresuradamente, un rostro cuya expresión de dolor, derrota y desesperanza conmovedora era indescriptible. Era -de forma bastante increíble, teniendo en cuenta su habitual carácter dominante- el de Asenath; sin embargo, la persona que había llamado había jurado que en ese instante los ojos tristes y confusos del pobre Edward la estaban mirando.

Las llamadas de Edward se hicieron ahora un poco más frecuentes, y sus insinuaciones se concretaron de vez en cuando. Lo que decía no era creíble, ni siquiera en la centenaria y legendaria Arkham; pero lanzaba sus oscuros relatos con una sinceridad y convicción que hacían temer por su cordura. Hablaba de terribles encuentros en lugares solitarios, de ruinas ciclópeas en el corazón de los bosques de Maine bajo las cuales vastas escaleras descendían a abismos de secretos nocturnos, de complejos ángulos que conducían a través de paredes invisibles a otras regiones del espacio y del tiempo, y de horribles intercambios de personalidad que permitían exploraciones en lugares remotos y prohibidos, en otros mundos y en diferentes continuos espacio-temporales.

De vez en cuando apoyaba ciertas insinuaciones locas exhibiendo objetos que no me dejaban en paz: objetos de colores extraordinarios y de textura desconcertante, como nunca se había oído en la Tierra, cuyas curvas y superficies demenciales no respondían a ningún propósito concebible, ni seguían ninguna geometría concebible. Estas cosas, decía, venían "de fuera"; y su mujer sabía cómo conseguirlas. A veces -pero siempre en un susurro asustado y ambiguo- sugería cosas sobre el viejo Ephraim Waite, a quien había visto ocasionalmente en la biblioteca de la universidad en los viejos tiempos. Estas insinuaciones nunca eran específicas, sino que parecían girar

en torno a alguna duda especialmente horrible sobre si el viejo mago estaba realmente muerto, tanto en un sentido espiritual como corpóreo.

A veces Derby se detenía bruscamente en sus revelaciones, y yo me preguntaba si Asenath podría haber adivinado su discurso a distancia y haberle cortado el paso mediante algún tipo desconocido de mesmerismo telepático, algún poder del tipo que había mostrado en la escuela. Ciertamente, ella sospechaba que él me contaba cosas, pues a medida que pasaban las semanas intentaba detener sus visitas con palabras y miradas de una potencia inexplicable. Sólo con dificultad conseguía verme, pues aunque fingía ir a otro sitio, alguna fuerza invisible generalmente atascaba sus movimientos o le hacía olvidar su destino por el momento. Sus visitas solían producirse cuando Asenath estaba ausente, "en su propio cuerpo", como él dijo una vez de forma extraña. Ella siempre se enteraba más tarde -los criados vigilaban sus idas y venidas-, pero evidentemente consideraba que no era conveniente hacer nada drástico.

IV

Aquel día de agosto, cuando recibí el telegrama de Maine, Derby llevaba más de tres años casado. Hacía dos meses que no le veía, pero había oído que estaba fuera "por negocios". Se suponía que Asenath estaba con él, aunque los chismes alertaban de que había alguien arriba en la casa, detrás de las ventanas con doble cortina. Habían observado las compras realizadas por los criados. Y ahora el alguacil de la ciudad de Chesuncook había hablado del loco a rastras que salió a trompicones del bosque con desvaríos delirantes y me pidió a gritos que lo protegiera. Era Edward, y acababa de recordar su propio nombre y dirección.

Chesuncook está cerca del cinturón forestal más salvaje, más profundo y menos explorado de Maine, y se necesitó todo un día de febril traqueteo a través de un paisaje fantástico y prohibitivo para llegar allí en coche. Encontré a Derby en una celda de la granja del pueblo, vacilando entre el frenesí y la apatía. Me reconoció enseguida y empezó a soltar un torrente de palabras sin sentido y medio incoherentes en mi dirección.

"¡Dan, por el amor de Dios! ¡La fosa de los shoggoths! Bajando los seis mil escalones . . . la abominación de las abominaciones . . . Nunca dejaría que me llevara, y entonces me encontré allí. . . . ¡Iä! ¡Sub-Niggurath! . . . La forma se levantó del altar, y hubo 500 que aullaron. . . . La cosa encapuchada baló "¡Kamog! Kamog' -ese era el nombre secreto del viejo Ephraim en el aquelarre. donde ella prometió que no me llevaría. . . . Un minuto antes estaba encerrado en la biblioteca, y luego estaba allí donde ella había ido con mi cuerpo, en el lugar de la blasfemia absoluta, el pozo impío donde comienza el reino negro y el vigilante guarda la puerta. . . . Vi un shog-

goth-cambió de forma. . . . No puedo soportarlo. . . . No lo soportaré. . . . La mataré si me vuelve a enviar allí. . . . Mataré a esa entidad... a ella, a él, a eso... ¡La mataré! Lo mataré con mis propias manos".

Me llevó una hora calmarlo, pero al final se calmó. Al día siguiente le conseguí ropa decente en el pueblo, y partí con él hacia Arkham. Su furia de ira se había agotado, y se inclinaba a guardar silencio, aunque empezó a murmurar en voz baja cuando el coche pasó por Augusta, como si la vista de una ciudad despertara recuerdos desagradables. Estaba claro que no deseaba volver a casa, y teniendo en cuenta los fantásticos delirios que parecía tener respecto a su esposa, delirios que sin duda procedían de alguna prueba hipnótica real a la que había sido sometido, pensé que sería mejor que no lo hiciera. Resolví que yo mismo lo alojaría durante un tiempo, sin importar lo desagradable que fuera para Asenath. Más tarde le ayudaría a conseguir el divorcio, porque seguramente había factores mentales que hacían que este matrimonio fuera un suicidio para él. Cuando llegamos de nuevo a campo abierto, el murmullo de Derby se desvaneció, y le dejé cabecear y dormir en el asiento a mi lado mientras yo conducía.

Al atardecer, cuando atravesamos Portland, los murmullos volvieron a aparecer con más claridad que antes, y mientras escuchaba, me enteré de una serie de disparates sobre Asenath. Era evidente hasta qué punto ella había hecho presa de los nervios de Edward, pues éste había tejido toda una serie de alucinaciones en torno a ella. Su situación actual, murmuró furtivamente, era sólo una de una larga serie. Ella se estaba apoderando de él, y él sabía que algún día no lo soltaría. Incluso ahora, probablemente le dejaba ir sólo cuando tenía que hacerlo, porque no podía aguantar mucho tiempo. Constantemente tomaba su cuerpo y se dirigía a lugares sin nombre para realizar ritos sin nombre, dejándolo en su cuerpo y encerrándolo en el piso de arriba, pero a veces no podía aguantar, y él se encontraba de repente en su propio cuerpo de nuevo en algún lugar lejano, horrible y quizás desconocido. A veces ella conseguía retenerlo y a veces no podía. A menudo se quedaba tirado en algún lugar como lo había encontrado, una y otra vez tenía que encontrar el camino a casa desde distancias espantosas, consiguiendo que alguien condujera el coche después de encontrarlo.

Lo peor era que se aferraba a él cada vez más tiempo. Quería ser un hombre, ser plenamente humano, por eso se aferró a él. Ella había percibido la mezcla de cerebro bien forjado y voluntad débil que había en él. Algún día

lo desplazaría y desaparecería con su cuerpo: desaparecería para convertirse en un gran mago como su padre y lo dejaría abandonado en esa cáscara femenina que ni siquiera era del todo humana. Sí, ahora sabía lo de la sangre de Innsmouth. Se había traficado con cosas del mar: era horrible. . . . Y el viejo Ephraim había conocido el secreto, y cuando envejeció hizo una cosa horrible para mantenerse vivo. . . quería vivir para siempre. . . Asenath tendría éxito: ya se había hecho una demostración exitosa.

Mientras Derby murmuraba, me volví para mirarlo de cerca, verificando la impresión de cambio que me había dado un escrutinio anterior. Paradójicamente, parecía estar en mejor forma que de costumbre: más duro, con un desarrollo más normal y sin el rastro de flacidez enfermiza causada por sus hábitos indolentes. Era como si por primera vez en su mimada vida hubiera estado realmente activo y se hubiera ejercitado como es debido, y juzgué que la fuerza de Asenath debía de haberle empujado a unos canales de movimiento y alerta inusitados. Pero en ese momento su mente se encontraba en un estado lamentable, ya que murmuraba extravagancias sobre su esposa, sobre la magia negra, sobre el viejo Ephraim y sobre alguna revelación que me convencería incluso a mí. Repetía nombres que yo reconocía de antiguas ojeadas a volúmenes prohibidos, y a veces me hacía estremecer con un cierto hilo de consistencia mitológica -o de coherencia convincente- que corría por sus desvaríos. Una y otra vez hacía una pausa, como si quisiera armarse de valor para una revelación final y terrible.

"Dan, Dan, ¿no te acuerdas de él: los ojos salvajes y la barba desordenada que nunca se volvía blanca? Una vez me miró fijamente y nunca lo olvidé. Ahora me mira de esa manera. ¡Y sé por qué! Lo encontró en el Necronomicón: la fórmula. No me atrevo a decirte la página todavía, pero cuando lo haga podrás leer y entender. Entonces sabrás lo que me ha engullido. En, en, en, en-cuerpo a cuerpo-él significa nunca morir. El resplandor de la vida sabe cómo romper el vínculo... puede parpadear un tiempo incluso cuando el cuerpo está muerto. Te daré pistas y tal vez lo adivines. Escucha, Dan: ¿sabes por qué mi esposa siempre se esmera en esa estúpida escritura de revés? ¿Has visto alguna vez un manuscrito del viejo Ephraim? ¿Quieres saber por qué me estremecí cuando vi unas notas apresuradas que Asenath había anotado?

"Asenath... ¿existe tal persona? ¿Por qué creían que había veneno en el estómago del viejo Ephraim? ¿Por qué susurran los Gilman la forma en que

chilló -como un niño asustado- cuando se volvió loco y Asenath lo encerró en la habitación acolchada del ático donde había estado el otro? ¿Era el alma del viejo Ephraim la que estaba encerrada? ¿Quién encerró a quién? ¿Por qué había estado buscando durante meses a alguien con una mente fina y una voluntad débil? Dime, Daniel Upton-¿Qué intercambio diabólico se perpetró en la casa del horror donde ese monstruo blasfemo tenía a su merced a su confiada y débil voluntad niña medio humana? ¿No lo hizo permanente, como ella hará al final conmigo? Dime por qué esa cosa que se llama a sí misma Asenath escribe de manera diferente fuera de guardia, para que no puedas distinguir su guión de-

Entonces ocurrió la cosa. La voz de Derby se elevaba a un fino grito agudo mientras desvariaba, cuando de repente se apagó con un clic casi mecánico. Pensé en aquellas otras ocasiones en mi casa en las que sus confianzas habían cesado abruptamente, cuando yo había creído a medias que alguna oscura onda telepática de la fuerza mental de Asenath intervenía para mantenerlo en silencio. Esto, sin embargo, era algo totalmente diferente y, en mi opinión, infinitamente más horrible. El rostro a mi lado se retorció casi irreconocible por un momento, mientras que por todo el cuerpo pasaba un movimiento tembloroso, como si todos los huesos, órganos, músculos, nervios y glándulas se ajustaran a una postura, un conjunto de tensiones y una personalidad general radicalmente diferentes.

No podía decir en qué consistía el horror supremo; sin embargo, me invadió una oleada de enfermedad y repulsión, una sensación tan helada y petrificante de total extrañeza y anormalidad, que mi capacidad de control del volante se volvió débil e incierta. La figura que estaba a mi lado parecía menos un amigo de toda la vida que una intrusión monstruosa del espacio exterior, un foco maldito, absolutamente maldito, de fuerzas cósmicas desconocidas y malignas.

Sólo había vacilado un momento, pero antes de que pasara otro mi compañero se había apoderado del volante y me había obligado a cambiar de lugar con él. El crepúsculo era ya muy denso, y las luces de Portland quedaban muy atrás, por lo que no pude ver mucho de su rostro. Sin embargo, el brillo de sus ojos era fenomenal, y supe que ahora debía de estar en ese extraño estado de energía, tan distinto al suyo habitual, que tanta gente había notado. Parecía extraño e increíble que el apático Edward Derby -que nunca podía imponerse y que nunca había aprendido a conducir- me diera órdenes

y tomara el volante de mi propio coche, pero eso era precisamente lo que había ocurrido. No habló durante algún tiempo, y en mi inexplicable horror me alegré de que no lo hiciera.

A la luz de Biddeford y Saco, vi su boca firme y me estremecí ante el brillo de sus ojos. La gente tenía razón: se parecía muchísimo a su esposa y al viejo Ephraim cuando estaba de ese modo. No me extrañó que ese estado de ánimo no me gustara; había ciertamente algo antinatural en él, y sentí el elemento siniestro aún más por los desvaríos que había escuchado. Este hombre, a pesar de todo lo que sabía de Edward Pickman Derby, era un extraño, una intrusión de algún tipo procedente del negro abismo.

No habló hasta que estuvimos en un tramo oscuro de la carretera, y cuando lo hizo su voz me pareció totalmente desconocida. Era más profunda, más firme y más decidida de lo que yo había conocido hasta entonces, mientras que su acento y su pronunciación habían cambiado por completo, aunque recordaban de manera vaga, remota y bastante inquietante algo que no podía ubicar. Me pareció que había un rastro de ironía muy profunda y genuina en el timbre; no la pseudoironía llamativa y sin sentido del "sofisticado" inocente, que Derby había empleado habitualmente, sino algo sombrío, básico, omnipresente y potencialmente maligno. Me maravilló la compostura que se había logrado tan pronto tras el hechizo del murmullo de pánico.

"Espero que olvides mi ataque, Upton", decía. "Ya sabes cómo son mis nervios, y supongo que puedes disculpar esas cosas. Estoy enormemente agradecido, por supuesto, por este viaje a casa.

"Y debes olvidar, también, cualquier locura que haya podido decir sobre mi esposa y sobre las cosas en general. Eso es lo que pasa cuando se estudia demasiado en un campo como el mío. Mi filosofía está llena de conceptos extraños, y cuando la mente se agota cocina todo tipo de aplicaciones concretas imaginarias. Me tomaré un descanso a partir de ahora; probablemente no me verás durante algún tiempo, y no tienes que culpar a Asenath por ello.

"Este viaje ha sido un poco extraño, pero en realidad es muy sencillo. Hay ciertas reliquias indias en el bosque del norte -piedras de pie, y todo eso- que significan mucho en el folclore, y Asenath y yo estamos siguiendo esas cosas. Fue una búsqueda ardua, por lo que parece que se me fue la ca-

beza. Debo enviar a alguien a por el coche cuando llegue a casa. Un mes de descanso me pondrá en pie".

No recuerdo cuál fue mi parte de la conversación, pues el desconcertante extrañamiento de mi compañero de asiento llenaba toda mi conciencia. A cada momento aumentaba mi sensación de evasivo horror cósmico, hasta que al final me encontraba en un delirio virtual de anhelo por el fin del viaje. Derby no se ofreció a soltar el volante, y yo me alegré de la velocidad con que pasaban Portsmouth y Newburyport.

En el cruce donde la carretera principal se adentra en el interior y evita Innsmouth, temí a medias que mi conductor tomara la sombría carretera de la costa que atraviesa ese maldito lugar. Pero no lo hizo, sino que pasó rápidamente por Rowley e Ipswich hacia nuestro destino. Llegamos a Arkham antes de medianoche, y encontramos las luces aún encendidas en la vieja casa de Crowninshield. Derby abandonó el coche repitiendo apresuradamente su agradecimiento, y yo me dirigí a casa solo con una curiosa sensación de alivio. Había sido un viaje terrible -más terrible aún porque no sabía muy bien por qué- y no lamenté la previsión de Derby de una larga ausencia de mi compañía.

V

Los dos meses siguientes estuvieron llenos de rumores. La gente hablaba de ver a Derby cada vez más en su nuevo estado de energía, y Asenath apenas atendía a sus llamadas. Sólo recibí una visita de Edward, cuando llamó brevemente en el coche de Asenath -recuperado de donde lo había dejado en Maine- para recoger unos libros que me había prestado. Estaba en su nuevo estado, y sólo se detuvo el tiempo suficiente para hacer algunos comentarios evasivamente educados. Era evidente que no tenía nada que discutir conmigo en ese estado, y me di cuenta de que ni siquiera se molestó en hacer la vieja señal de tres y dos al llamar al timbre. Al igual que aquella tarde en el coche, sentí un tenue e infinitamente profundo horror que no podía explicar; de modo que su rápida partida fue un prodigioso alivio.

A mediados de septiembre, Derby se ausentó durante una semana, y algunos de los decadentes universitarios hablaron a sabiendas del asunto, insinuando una reunión con un notorio líder de la secta, recientemente expulsado de Inglaterra, que había establecido su sede en Nueva York. Por mi parte, no podía quitarme de la cabeza aquel extraño viaje desde Maine. La transformación que había presenciado me había afectado profundamente, y me sorprendí a mí mismo una y otra vez tratando de explicar la situación y el extremo horror que me había producido.

Pero los rumores más extraños eran los que se referían a los sollozos en la vieja casa de Crowninshield. La voz parecía ser de mujer, y algunos de los más jóvenes pensaban que sonaba como la de Asenath. Sólo se oía a intervalos raros, y a veces se ahogaba como si fuera a la fuerza. Se habló de una investigación, pero esto se disipó un día cuando Asenath apareció en las

calles y charló animadamente con un gran número de conocidos, disculpándose por su reciente ausencia y hablando incidentalmente sobre el ataque de nervios y la histeria de una invitada de Boston. La invitada nunca fue vista, pero la aparición de Asenath no dejó nada que decir. Y entonces alguien complicó las cosas susurrando que los sollozos habían sido una o dos veces con voz de hombre.

Una noche, a mediados de octubre, oí el familiar timbre de tres y dos en la puerta principal. Al responder, encontré a Edward en los escalones, y vi en un momento que su personalidad era la misma que no había encontrado desde el día de sus desvaríos en aquel terrible viaje desde Chesuncook. Su rostro se agitaba con una mezcla de extrañas emociones en las que el miedo y el triunfo parecían compartir el dominio, y miró furtivamente por encima del hombro cuando cerré la puerta tras él.

Siguiéndome torpemente hasta el estudio, pidió un poco de whisky para calmar sus nervios. Me abstuve de interrogarle, pero esperé a que tuviera ganas de empezar lo que quisiera decir. Al final, se aventuró a dar alguna información con voz entrecortada.

"Asenath se ha ido, Dan. Anoche tuvimos una larga charla mientras los criados estaban fuera, y le hice prometer que dejaría de acosarme. Por supuesto, tenía ciertas defensas ocultas de las que nunca te hablé. Tuvo que ceder, pero se enfadó muchísimo. Hizo las maletas y se fue a Nueva York, para coger el tren de las ocho y veinte a Boston. Supongo que la gente hablará, pero no puedo evitarlo. No hace falta que menciones que ha habido problemas, sólo di que se ha ido a un largo viaje de investigación.

"Probablemente se quede con uno de sus horribles grupos de devotos. Espero que se vaya al oeste y se divorcie; de todos modos, le he hecho prometer que se mantendrá alejada y me dejará en paz. Fue horrible, Dan, ella me robaba el cuerpo, me hacinaba, me convertía en un prisionero. Pasé desapercibido y fingí que la dejaba hacer, pero tenía que estar atento. Podía planear si tenía cuidado, porque ella no puede leer mi mente literalmente, o en detalle. Todo lo que podía leer de mis planes era una especie de estado de ánimo general de rebelión, y ella siempre pensó que yo era indefenso. Nunca pensó que pudiera sacar lo mejor de ella... pero tenía un hechizo o dos que funcionaban".

Derby miró por encima del hombro y tomó un poco más de whisky.

"Pagué a esos malditos sirvientes esta mañana cuando volvieron. Se pusieron desagradables, e hicieron preguntas, pero se fueron. Son sus parientes -gente de Innsmouth- y estaban mano a mano con ella. Espero que me dejen en paz; no me gustó la forma en que se rieron cuando se fueron. Debo recuperar a todos los antiguos sirvientes de papá como pueda. Ahora volveré a casa.

"Supongo que piensas que estoy loco, Dan, pero la historia de Arkham debería insinuar cosas que respaldan lo que te he contado y lo que voy a contarte. Tú también has visto uno de los cambios, en tu coche, después de que te hablara de Asenath aquel día que volvía a casa desde Maine. Fue entonces cuando ella me sacó de mi cuerpo. Lo último que recuerdo fue cuando estaba todo el tiempo tratando de decirte lo que es esa diablesa. Entonces me atrapó, y en un instante estaba de vuelta en la casa, en la biblioteca donde esos malditos sirvientes me tenían encerrado, y en el cuerpo de ese maldito demonio que ni siquiera es humano... Sabes que era ella con la que habías regresado a casa, ese lobo rapaz en mi cuerpo... ¡Deberías haber notado la diferencia!"

Me estremecí cuando Derby se detuvo. Sin duda, había conocido la diferencia, pero ¿podía aceptar una explicación tan insensata como ésta? Pero mi distraído interlocutor se estaba volviendo aún más agresivo.

"Tenía que salvarme... ¡Tenía que hacerlo, Dan! Me habría atrapado para siempre en Hallowmass; celebran un Sabbat más allá de Chesuncook, y el sacrificio habría resuelto las cosas. Me habría atrapado para siempre; ella habría sido yo, y yo habría sido ella, para siempre, demasiado tarde; mi cuerpo habría sido suyo para siempre; ella habría sido un hombre, y completamente humano, tal como quería ser; supongo que me habría quitado de en medio; habría matado su propio ex-cuerpo conmigo, La cara de Edward estaba ahora atrocemente distorsionada, y la inclinó incómodamente cerca de la mía mientras su voz se reducía a un susurro.

"Debes saber lo que he insinuado en el coche: que ella no es Asenath en absoluto, sino el propio viejo Ephraim. Lo sospeché hace un año y medio, y lo sé ahora. Su letra lo demuestra cuando se pone en estado de alerta -a veces anota una nota con una escritura idéntica a la de los manuscritos de su padre, trazo a trazo- y a veces dice cosas que sólo un anciano como Ephraim podría decir. Cambió de forma con ella cuando sintió que la muerte se

acercaba -ella era la única que pudo encontrar con el tipo de cerebro adecuado y una voluntad lo suficientemente débil-, consiguió su cuerpo de forma permanente, igual que casi consiguió el mío, y luego envenenó el viejo cuerpo en el que la había metido. ¿No has visto el alma del viejo Ephraim brillando en los ojos de esa diablesa docenas de veces, y en los míos cuando tiene el control de mi cuerpo?"

El susurrante jadeaba y hacía una pausa para respirar. Yo no dije nada, y cuando reanudó su voz era casi normal. Reflexioné que éste era un caso para el manicomio, pero no sería yo quien lo enviara allí. Tal vez el tiempo y la liberación de Asenath harían su trabajo. Podía ver que no desearía volver a incursionar en el ocultismo mórbido.

"Te contaré más tarde; ahora debo tener un largo descanso. Te contaré algo de los horrores prohibidos a los que me condujo, algo de los horrores ancestrales que incluso ahora están supurando en rincones apartados con unos pocos sacerdotes monstruosos para mantenerlos vivos. Algunas personas saben cosas sobre el universo que nadie debería saber, y pueden hacer cosas que nadie debería poder hacer. Yo he estado metido hasta el cuello, pero eso es el fin. Hoy quemaría ese maldito Necronomicón y todo lo demás si fuera bibliotecario de Miskatonic.

"Pero ahora no puede atraparme. Debo salir de esa casa maldita tan pronto como pueda, y establecerme en casa. Tú me ayudarás, lo sé, si necesito ayuda. Esos sirvientes diabólicos, ya sabes, y si la gente se vuelve demasiado inquisitiva sobre Asenath. Verás, no puedo darles su dirección... Además, hay ciertos grupos de buscadores -ciertos cultos, ya sabes- que podrían malinterpretar nuestra ruptura... algunos de ellos tienen ideas y métodos condenadamente curiosos. Sé que me apoyarás si pasa algo, aunque tenga que decirte muchas cosas que te chocarán... ."

Hice que Edward se quedara a dormir en una de las habitaciones de invitados esa noche, y por la mañana parecía más tranquilo. Hablamos de ciertos arreglos posibles para su regreso a la mansión Derby, y yo esperaba que no perdiera tiempo en hacer el cambio. No llamó la noche siguiente, pero le vi con frecuencia durante las semanas siguientes. Hablamos lo menos posible de cosas extrañas y desagradables, pero sí de la renovación de la vieja casa de Derby y de los viajes que Edward prometió hacer con mi hijo y conmigo el verano siguiente.

De Asenath no dijimos casi nada, pues vi que el tema era peculiarmente perturbador. Las habladurías, por supuesto, eran abundantes; pero eso no era una novedad en relación con el extraño menaje de la vieja casa de los Crowninshield. Una cosa que no me gustó fue lo que el banquero de Derby dejó caer en un estado de ánimo demasiado indiscreto en el Club Miskatonic: sobre los cheques que Edward enviaba regularmente a un Moses y Abigail Sargent y a una Eunice Babson en Innsmouth. Parecía como si aquellos sirvientes con cara de maldad le estuvieran extorsionando algún tipo de tributo, aunque no me había mencionado el asunto.

Deseé que llegara el verano -y las vacaciones de mi hijo en Harvard- para poder llevar a Edward a Europa. Pronto vi que no se estaba recuperando tan rápidamente como yo había esperado; porque había algo de histeria en su ocasional alegría, mientras que sus estados de ánimo de miedo y depresión eran demasiado frecuentes. La vieja casa de Derby estaba lista en diciembre, pero Edward aplazaba constantemente la mudanza. Aunque odiaba y parecía temer la casa de Crowninshield, al mismo tiempo se sentía extrañamente esclavizado por ella. No podía empezar a dismantelar las cosas, e inventaba todo tipo de excusas para posponer la acción. Cuando se lo señalé, se mostró inexplicablemente asustado. El viejo mayordomo de su padre - que estaba allí con otros sirvientes readquiridos- me dijo un día que los ocasionales merodeos de Edward por la casa, y especialmente por el sótano, le parecían extraños y poco saludables. Me pregunté si Asenath había estado escribiendo cartas perturbadoras, pero el mayordomo dijo que no había correo que pudiera provenir de ella.

VI

Fue en Navidad cuando Derby se derrumbó una tarde mientras me llamaba. Yo estaba dirigiendo la conversación hacia los viajes del próximo verano cuando, de repente, gritó y se levantó de la silla con una mirada de miedo espantoso e incontrolable, un pánico cósmico y una aversión que sólo los abismos de las pesadillas podrían provocar en cualquier mente sana.

"¡Mi cerebro! ¡Mi cerebro! Dios, Dan, está tirando desde el más allá, golpeando y arañando a esa diablesa, incluso ahora, ¡Ephraim-Kamog! ¡Kamog! -El pozo de los shoggoths-Ia! ¡Shub-Niggurath! ¡La cabra con mil crías! . . .

"La llama-la llama-más allá del cuerpo, más allá de la vida-en la tierra-¡oh, Dios!"

Le hice volver a su silla y le vertí un poco de vino en la garganta mientras su frenesí se hundía en una apatía apagada. No se resistió, pero siguió moviendo los labios como si hablara consigo mismo. En ese momento me di cuenta de que estaba tratando de hablarme, y acerqué mi oído a su boca para captar las débiles palabras.

"Otra vez, otra vez... lo está intentando... podría haberlo sabido... nada puede detener esa fuerza; ni la distancia, ni la magia, ni la muerte... viene y viene, sobre todo por la noche... no puedo irme... es horrible... oh, Dios, Dan, si supieras como yo lo horrible que es..."

Cuando se desplomó en un estado de estupor, lo sostuve con almohadas y dejé que el sueño normal se apoderara de él. No llamé a un médico, porque sabía lo que se diría de su cordura, y deseaba dar una oportunidad a la naturaleza si era posible. Se despertó a medianoche y lo acosté arriba, pero por la mañana ya se había ido. Se había marchado tranquilamente de la casa, y su mayordomo, cuando le llamé por teléfono, dijo que estaba en casa paseándose por la biblioteca.

Después de eso, Edward se desmoronó rápidamente. No volvió a llamar, pero yo iba todos los días a verle. Siempre estaba sentado en su biblioteca, mirando a la nada y con un aire de atención anómalo. A veces hablaba racionalmente, pero siempre sobre temas triviales. Cualquier mención a sus problemas, a sus planes futuros o a Asenath le hacía entrar en frenesí. Su mayordomo decía que tenía espantosas convulsiones por la noche, durante las cuales podía llegar a hacerse daño.

Tuve una larga conversación con su médico, su banquero y su abogado, y finalmente llevé al médico con dos colegas especialistas a visitarlo. Los espasmos que se produjeron a raíz de las primeras preguntas fueron violentos y lamentables, y esa noche un coche cerrado se llevó su pobre cuerpo que se debatía al Sanatorio Arkham. Me nombraron su tutor y lo visité dos veces por semana, casi llorando al oír sus gritos salvajes, sus susurros impresionantes y las espantosas y zumbantes repeticiones de frases como "Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo, me atrapará, me atrapará, allá abajo, allá abajo, en la oscuridad, ¡madre! ¡Madre! ¡Dan! Sálvame, sálvame".

Nadie podía decir cuántas esperanzas de recuperación había, pero meforcé por ser optimista. Edward debía tener un hogar si salía, así que trasladé a sus sirvientes a la mansión Derby, que seguramente sería su opción más sensata. No pude decidir qué hacer con la casa de Crowninshield, con sus complejos arreglos y colecciones de objetos totalmente inexplicables, así que la dejé momentáneamente intacta, diciendo a la casa de Derby que fuera a limpiar el polvo de las habitaciones principales una vez a la semana, y ordenando al hornero que hiciera fuego esos días.

La última pesadilla llegó antes de la Candelaria, anunciada, con cruel ironía, por un falso rayo de esperanza. Una mañana de finales de enero, el sanatorio llamó por teléfono para informar de que la razón de Edward había vuelto repentinamente. Su memoria continua, dijeron, estaba muy deteriora-

da; pero la cordura en sí era evidente. Por supuesto, debía permanecer algún tiempo en observación, pero no cabía duda del resultado. Si todo iba bien, seguramente estaría libre en una semana.

Me apresuré a ir en un torrente de alegría, pero me quedé desconcertado cuando una enfermera me llevó a la habitación de Edward. El paciente se levantó para saludarme, extendiendo su mano con una sonrisa cortés; pero vi en un instante que llevaba la personalidad extrañamente enérgica que había parecido tan extraña a su propia naturaleza, la personalidad competente que yo había encontrado tan vagamente horrible, y que el propio Edward había jurado una vez que era el alma intrusa de su esposa. Tenía la misma visión ardiente -tan parecida a la de Asenath y el viejo Ephraim- y la misma boca firme; y cuando hablaba podía percibir la misma ironía sombría y penetrante en su voz, la profunda ironía que tanto olía a maldad potencial. Se trataba de la persona que había conducido mi coche durante la noche cinco meses antes -la persona a la que no había visto desde aquella breve llamada en la que se había olvidado de la señal del timbre de la puerta de antaño y había despertado en mí tan nebulosos temores- y ahora me llenaba del mismo tenue sentimiento de alienación blasfema y de inefable horror cósmico.

Habló afablemente de los preparativos para la puesta en libertad, y no me quedó más remedio que asentir, a pesar de algunas lagunas notables en sus recuerdos recientes. Sin embargo, sentí que algo estaba terrible e inexplicablemente mal y anormal. Había horrores en esta cuestión que yo no podía alcanzar. Se trataba de una persona sana, pero ¿era realmente el Edward Derby que yo había conocido? Si no era así, ¿quién o qué era y dónde estaba Edward? ¿Debería estar libre o confinado, o debería ser extirpado de la faz de la tierra? Había un matiz abismalmente sardónico en todo lo que decía la criatura; los ojos parecidos a los de Asenath se burlaban de manera especial y desconcertante de ciertas palabras sobre la pronta libertad ganada por un confinamiento especialmente estricto. Debí de actuar de forma muy torpe, y me alegré de tener que retirarme.

Durante todo ese día y el siguiente me devané los sesos con el problema. ¿Qué había sucedido? ¿Qué clase de mente miraba a través de esos ojos extraños en el rostro de Edward? No podía pensar en nada más que en este terrible enigma, y abandoné todos los esfuerzos por realizar mi trabajo habitual. La segunda mañana llamaron del hospital para decir que el paciente recuperado no había cambiado, y por la noche yo estaba al borde de un co-

lapso nervioso, un estado que admito, aunque otros jurarán que coloreó mi visión posterior. No tengo nada que decir sobre este punto, salvo que ninguna locura mía podría explicar todas las pruebas.

VII

Fue por la noche -después de esa segunda velada- cuando el horror más absoluto se abatió sobre mí y cargó mi espíritu con un pánico negro y atenzador del que nunca pudo liberarse. Comenzó con una llamada telefónica justo antes de la medianoche. Yo era el único que estaba levantado y descolgué el auricular en la biblioteca con sueño. No parecía haber nadie en la línea, y estaba a punto de colgar e irme a la cama cuando mi oído captó una débil sospecha de sonido al otro lado. ¿Había alguien intentando hablar bajo grandes dificultades? Mientras escuchaba, me pareció oír una especie de ruido burbujeante medio líquido - "glub... glub... glub"- que tenía una extraña sugerencia de divisiones inarticuladas e ininteligibles de palabras y sílabas. Llamé "¿Quién es?" Pero la única respuesta fue "glub... glub... glub-glub". Sólo pude suponer que el ruido era mecánico; pero pensando que podría tratarse de un instrumento averiado capaz de recibir pero no de enviar, añadí: "No le oigo. Será mejor que cuelgue y pruebe con Información". Inmediatamente oí que el receptor se descolgaba en el otro extremo.

Esto, digo, fue cerca de la medianoche. Cuando se rastreó la llamada después, se descubrió que procedía de la vieja casa de los Crowninshield, aunque había transcurrido media semana desde el día en que la empleada doméstica estaba allí. Sólo voy a insinuar lo que se encontró en esa casa: el desorden en un remoto almacén del sótano, las huellas, la suciedad, el armario desvalijado apresuradamente, las desconcertantes marcas en el teléfono, el material de papelería torpemente utilizado y el detestable hedor que lo cubría todo. La policía, pobres necios, tienen sus pequeñas teorías engrendadas, y siguen buscando a esos siniestros sirvientes dados de baja, que han

desaparecido en medio del presente furor. Hablan de una macabra venganza por las cosas que se hicieron, y dicen que me incluyeron porque era el mejor amigo y consejero de Edward.

¡Idiotas! ¿Creen que esos payasos brutos podrían haber falsificado esa escritura? ¿Creen que podrían haber traído lo que luego vino? ¿Están ciegos a los cambios en ese cuerpo que era de Edward? En cuanto a mí, ahora creo todo lo que Edward Derby me dijo. Hay horrores más allá del borde de la vida que no sospechamos, y de vez en cuando el malvado fisgón del hombre los pone a nuestro alcance. Ephraim-Asenath-ese demonio los llamó, y engulleron a Edward como me están engullendo a mí.

¿Puedo estar seguro de que estoy a salvo? Esos poderes sobreviven a la vida de la forma física. Al día siguiente, por la tarde, cuando salí de mi prostración y pude caminar y hablar coherentemente, fui al manicomio y lo maté a tiros por el bien de Edward y del mundo, pero ¿puedo estar seguro hasta que lo incineren? Están guardando el cuerpo para que diferentes médicos le hagan unas autopsias absurdas, pero yo digo que debe ser incinerado. Debe ser incinerado, el que no era Edward Derby cuando le disparé. Me volveré loco si no lo es, porque puedo ser el siguiente. Pero mi voluntad no es débil, y no dejaré que la socaven los terrores que sé que bullen a su alrededor. Una vida -Ephraim, Asenath y Edward-, ¿quiénes son ahora? No dejaré que me saquen de mi cuerpo... ¡No cambiaré de alma con ese liche acribillado en el manicomio!

Pero déjame que intente contar con coherencia ese horror final. No hablaré de lo que la policía ignoró insistentemente: los relatos de esa cosa enana, grotesca y maloliente con la que se encontraron al menos tres viandantes en High Street justo antes de las dos, y la naturaleza de las huellas individuales en ciertos lugares. Sólo diré que a eso de las dos me despertaron el timbre y la aldaba, aplicados alternativamente y de forma incierta en una especie de débil desesperación, y cada uno tratando de mantener la vieja señal de Edward de tres y dos golpes.

Despertada de un sueño profundo, mi mente se agitó. Derby en la puerta, ¡y recordando el viejo código! Aquella nueva personalidad no lo había recordado... ¿había vuelto Edward de repente a su estado legítimo? ¿Por qué estaba aquí con un estrés y una prisa tan evidentes? ¿Había sido liberado antes de tiempo, o se había escapado? Tal vez, pensé mientras me ponía una

bata y bajaba las escaleras, su regreso a su propio ser había provocado desvaríos y violencia, revocando su baja y llevándolo a una carrera desesperada por la libertad. Fuera como fuera, volvía a ser el viejo Edward y yo le ayudaría.

Cuando abrí la puerta y entré en la negrura de los olmos, una ráfaga de viento insufriblemente fétido casi me hizo caer postrado. Me ahogué con náuseas, y por un segundo apenas vi la figura enana y encorvada en los escalones. La llamada había sido de Edward, pero ¿quién era esta parodia asquerosa y achaparrada? ¿Dónde había tenido tiempo de ir Edward? Su timbre había sonado sólo un segundo antes de que se abriera la puerta.

La persona que llamaba llevaba puesto uno de los abrigo de Edward, con los bajos casi tocando el suelo y las mangas remangadas, pero cubriendo las manos. En la cabeza llevaba un sombrero de copa bajo, mientras que una bufanda de seda negra le ocultaba la cara. Cuando me acerqué con paso inseguro, la figura emitió un sonido semilíquido como el que había oído por teléfono - "glub... glub..."- y me empujó un papel grande y bien escrito, empalado en la punta de un largo lápiz. Todavía aturdido por el mórbido e inexplicable fotor, cogí el papel y traté de leerlo a la luz de la puerta.

Sin duda, era la letra de Edward. Pero, ¿por qué había escrito cuando estaba lo suficientemente cerca como para sonar y por qué la letra era tan torpe, tosca y temblorosa? No pude distinguir nada en la penumbra, así que volví a entrar en el vestíbulo, y la figura del enano se acercó con paso firme, pero se detuvo en el umbral de la puerta interior. El olor de este singular mensajero era realmente espantoso, y esperé (¡no en vano, gracias a Dios!) que mi esposa no se despertara y se enfrentara a él.

Entonces, mientras leía el papel, sentí que mis rodillas cedían debajo de mí y que mi visión se volvía negra. Cuando volví en mí, estaba tendido en el suelo, con la maldita hoja todavía agarrada en mi mano, rígida por el miedo. Esto es lo que decía.

"Dan, ve al sanatorio y mávalo. Extermínalo. Ya no es Edward Derby. Me ha atrapado -es Asenath- y lleva muerta tres meses y medio. Mentí cuando dije que se había ido. La maté. Tuve que hacerlo. Fue repentino, pero estábamos solos y yo estaba en mi cuerpo correcto. Vi un candelabro y le rompí la cabeza. Ella me habría atrapado para siempre en Hallowmass.

"La enterré en el almacén del sótano más lejano bajo unas cajas viejas y limpié todos los rastros. Los criados sospecharon a la mañana siguiente, pero tienen tantos secretos que no se atreven a decírselo a la policía. Los eché, pero Dios sabe lo que harán ellos -y otros de la secta-.

"Por un momento pensé que estaba bien, y luego sentí el tirón en mi cerebro. Sabía lo que era, debería haberlo recordado. Un alma como la de ella -o la de Ephraim- está medio desprendida, y sigue después de la muerte mientras el cuerpo dura. Me estaba atrapando, haciéndome cambiar de cuerpo con ella, tomando mi cuerpo y poniéndome en ese cadáver suyo enterrado en el sótano.

"Sabía lo que se avecinaba, por eso me puse a temblar y tuve que ir al manicomio. Entonces llegó -me encontré ahogado en la oscuridad- el cadáver putrefacto de Asenath allí abajo, en el sótano, bajo las cajas donde lo puse. Y supe que ella debía estar en mi cuerpo en el sanatorio -permanentemente, pues era después de Hallowmass, y el sacrificio funcionaría incluso sin que ella estuviera allí-, sana, y lista para ser liberada como una amenaza para el mundo. Estaba desesperado y, a pesar de todo, me esforcé por salir.

"Estoy demasiado lejos para hablar -no he podido llamar por teléfono-, pero aún puedo escribir. Me arreglaré de alguna manera y traeré esta última palabra y advertencia. Mata a ese demonio si valoras la paz y el confort del mundo. Encárgate de incinerarlo. Si no lo haces, seguirá viviendo, cuerpo a cuerpo para siempre, y no puedo decirte lo que hará. Mantente alejado de la magia negra, Dan, es un asunto del diablo. Adiós, has sido un gran amigo. Dile a la policía lo que sea que crean, y siento mucho haberte arrastrado a todo esto. Estaré en paz antes de que esto no se sostenga mucho más. Espero que puedas leer esto. Y mata esa cosa, máatala.

Tuyo-Ed".

Sólo después leí la última mitad de este documento, pues me había desmayado al final del tercer párrafo. Volví a desmayarme cuando vi y olí lo que abarrotaba el umbral donde el aire caliente lo había golpeado. El mensajero ya no se movía ni tenía conciencia.

El mayordomo, más resistente que yo, no se desmayó ante lo que le esperaba en el vestíbulo por la mañana. En cambio, llamó por teléfono a la policía. Cuando llegaron, me habían llevado a la cama, pero la otra masa yacía

donde se había derrumbado durante la noche. Los hombres se pusieron pañuelos en la nariz.

Lo que finalmente encontraron dentro de las extrañas ropas de Edward era sobre todo horror licuado. También había huesos y un cráneo aplastado. Algunos trabajos dentales identificaron positivamente el cráneo como el de Asenath.